

Estereotipos de género en adolescentes mexicanas/os

Gender stereotypes in mexican teenagers

José Carlos Cervantes Ríos¹

Universidad de Guadalajara. Ciudad de México, México

siljoseph@yahoo.com.mx

Identificador Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-0222-5524>

Silvia Chávez García²

American School of Puerto Vallarta, Puerto Vallarta México

schavez@aspv.edu.mx

Identificador Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-2635-1928>

Recibido: 1/8/2020. **Aceptado:** 10/10/2020.

Resumen

El presente texto es un reporte de investigación cuyo propósito fue evaluar estereotipos de género en adolescentes escolarizadas/os de Puerto Vallarta, México en 2018. Metodología: se aplicó un cuestionario tipo escala Likert con 28 ítems a 29 jóvenes entre 12 y 15 años de ambos sexos con cinco apartados: Opiniones sobre estereotipos femeninos; Opiniones sobre estereotipos masculinos; Preferencias estereotipadas; Roles estereotipados; e Ideal masculino/femenino. Posteriormente se formaron dos grupos focales con distintas/os integrantes de 13 años de edad: uno de 12 alumnas y otro con 19 alumnos contrastando los resultados del cuestionario. A manera de conclusión se observa la prevalencia de estereotipos en la mayoría de las/os jóvenes. Sin embargo, también se presentan casos en que se rompe esta tendencia que pueden servir a futuro como estrategia de intervención en escuelas, si se rescatan sus experiencias.

Palabras clave: Estereotipos de género, adolescencia, roles de género.

Abstract

The following text presents a research report, whose purpose was to evaluate gender stereotypes in educated teenagers from Puerto Vallarta, Mexico during 2018. Methodology: A Likert scale questionnaire consisting of 28 items and 5 subsections was applied to teenagers between 12 and 15 years old, of both sexes. The subsections were as follows: Opinions on female stereotypes, Opinions on male stereotypes, stereotyped preferences, stereotyped roles, and the Ideal masculine/feminine. Afterwards, two focus groups were formed with different 13-year-old members: One with 12 female students and another with 19 male students, contrasting the results from the survey. Conclusively, a prevalence of stereotype can be observed in most of the students. However, cases that break the tendency are also present, and could work as a future intervention strategy in schools if their experiences were to be rescued.

Keywords: Gender stereotypes; teenagers; gender roles.

1. Doctor en educación, profesor-investigador, Universidad de Guadalajara. Líneas de investigación: a) Identidad de género; b) Internalización de instrumentos culturales. Últimas publicaciones: Bosquejo del patriarcado en familias de Jalisco.

2. Maestra en Educación, investigadora independiente. Líneas de investigación: a) Identidad de género; b) Internalización de instrumentos culturales.

Introducción

El estudio sobre la identidad de género parte del supuesto que se forma a partir de dos procesos: los de sexuación biológica –información genética, hormonas, etc.– y los de socialización transmitidos por la cultura –estereotipos y roles– (Herranz y Sierra, 2005). Todo lo que una persona sabe sobre ser hombre o mujer lo obtiene del contexto sociocultural donde está inmerso desde su nacimiento, pero esta afirmación debe matizarse. La conceptualización es un proceso del pensamiento que se forma paulatinamente a partir de la adquisición del lenguaje y hasta la adolescencia (Vygotsky, 1993); mientras tanto, los sujetos operan con significados ya contruidos por el entorno adulto, que van configurando en la medida que las vivencias permiten la formación particular de sentido, es decir, un significado individual. En lo que al género se refiere, se vislumbra la influencia que los estereotipos¹ y roles tienen en la conformación e internalización de conceptos.

Estereotipo de género es la etiqueta socialmente aceptada que asigna características uniformes a un grupo según el sexo biológico que detenta; su función es ordenar y simplificar la realidad, facilitar la pertenencia social y buscar la auto confirmación (Herranz y Sierra, 2005; González, 1999; Jayme y Sau, 1996). Como generalizaciones transmitidas culturalmente, estos asignan características a uno y otro sexo buscando una convivencia complementaria entre ambos, que resulta por variadas razones desventajosa para lo femenino (González, 1999). De los estereotipos de género se derivan los roles, que son las conductas de responsabilidad y privilegio, así como las actitudes derivadas de la asignación social diferenciada entre lo femenino y masculino (Ibíd.). Esto demanda la reproducción de ciertos comportamientos que determinan sus formas de interacción con el mundo.

Ahora bien, qué relación tienen los estereotipos y roles de género con los conceptos. Respecto a estos últimos, Vygotsky (1993) establece dos tipos: los cotidianos, resultado de la experiencia espontánea diaria; y los científicos, producto del sistema escolar formal. Niña y niño son palabras adheridas a la experiencia vital de cada persona y se forman como concepto cotidiano desde temprana edad; por tanto, no son objeto de cuestionamiento o reflexión.

Aunque podrían parecer semejantes, los conceptos cotidianos y los estereotipos no son lo mismo. Un concepto cotidiano es la generalización formada a partir de la experiencia, se abstraen las características comunes de las cosas para formar una idea que las abarque (Vygotski, 1993); en cambio, un estereotipo es un saber social que etiqueta o simplifica una realidad con el fin de facilitar la interacción sobre un grupo social aceptándose de forma pasiva. El primero, se vive y luego se generaliza; el segundo llega generalizado y se asume.

Un ejemplo de concepto cotidiano es la forma en que un adolescente de 13 años define qué es un zapato: “lo que usamos para proteger los pies”. Su definición surge de la vivencia con el objeto porque no dice qué es, sino para qué se usa, sin embargo quienes han usado un zapato saben a qué se refiere. Vygotsky (1993) explica que si el objeto está fuera de un sistema categorial solo domina la experiencia que tenemos con él.

En cambio, un ejemplo de estereotipo de género es cómo otro chico de la misma edad define hombre y mujer: “Hombre es alguien que trabaja para mantener a su familia y tiene que estar bien vestido para su trabajo. Mujer es alguien que le gustan las cosas como ropa que sale nueva”. El muchacho no generalizó a partir del rasgo principal, el de persona o ser humano adulto de sexo masculino/femenino. Su noción está determinada por el estereotipo porque se refiere al rol diferenciado que socialmente se adjudica tanto al hombre como

1. Se atribuye al periodista Walter Lippmann, a principios del s. XIX, la introducción del término ‘estereotipo’ entendido ahora como herramienta mental organizadora de la realidad y que en apariencia da la estabilidad suficiente para su aprehensión (Roca, 2005).

proveedor y a la mujer como consumidora. Suelen pensarse como 'alguien' que tiene que cumplir ciertas expectativas y no en lo que esencialmente son: individuos diversos. Este tipo de concepciones se asumen *a priori* y se confirman *a posteriori*.

Los conceptos cotidianos sobre la distinción entre lo femenino y masculino se alimentan de los estereotipos de género que son transmitidos no solo a través del lenguaje adulto, sino de actitudes y prácticas expuestas al sujeto desde el nacimiento, de modo que lo más probable es que se validen y normalicen. Por ejemplo, una pequeña quiere cortarse el cabello como su hermano, la mamá le dice que no porque es niña, ella comienza entonces a observar a las niñas a su alrededor, quienes efectivamente usan en su mayoría el cabello largo y confirma lo que su madre le dijo, de manera que admite como cierto que el cabello largo lo llevan las niñas y no los niños. Por lo tanto, como afirma González (1999), el estereotipo no solo surge de sesgos en la percepción, también el ambiente cultural históricamente determinado favorece vivencias desde los primeros años que promueven su arraigo y dificultad para cambiarlo.

Las investigaciones de Vygotsky (1993) sobre la formación de conceptos afirman que es hasta la adolescencia cuando el sujeto está en condiciones de formar conceptos genuinos. Por lo tanto, el potencial nivel abstracto del pensamiento en esta etapa permitiría que las ideas formadas durante la infancia y pubertad sobre lo masculino y femenino sean cuestionadas o validadas, y se consoliden en generalizaciones que conformen una identidad de género más o menos definitiva y todo lo que ello implica en términos de interacciones humanas, autoconocimiento, preferencias y elecciones.

Precisamente las implicaciones que los conceptos cotidianos de género tienen en la formación de la identidad les confiere una importancia capital, pero tomando en cuenta que dichos conceptos tienen como base estereotipos y roles, la atención debe centrarse en diagnosticar su nivel de influencia para buscar formas de deconstruirlos.

El estereotipo no es negativo en sí, generalizar es una forma humana de funcionar. El problema es cuando éste contiene prejuicios que imponen y mantienen una condición asimétrica entre hombres y mujeres. Ya Fiske y Stevens (en Morales, 2007) develaban lo fuertemente prescriptivos que son los estereotipos y roles de género, en comparación con su nivel descriptivo. Se imponen como un mandato social de lo que deben ser y hacer hombres y mujeres, en lugar de lo que realmente son. El problema con esto es que el precepto atribuye poder a lo masculino dejando a las mujeres en una posición inferior sin justificación alguna, lo cual de entrada es injusto, incluso para los hombres, quienes a pesar de contar con privilegios como menor responsabilidad de quehaceres domésticos o salarios más altos que las mujeres, la masculinidad supone un costo en otras áreas. Se puede pensar que renunciar a sus privilegios significaría una desventaja para los varones, pero no es así, varios estudios han demostrado que ceñirse a los estereotipos y roles establecidos para ellos también conlleva una carga considerable de sufrimiento, sobre todo en el terreno de salud mental y emocional². (Simón y Cremades, 2003)

Pues bien, los estereotipos relativos al género son producto de un modelo hegemónico dominante. Lo que soporta este modelo es el sistema patriarcal, definido en términos generales como la organización social jerárquica donde se establece una relación de poder del género que subordina lo femenino y privilegia lo masculino (Fontanela, 2008; Villarreal, 2001; Castells, 2000), valiéndose de la imposición y transmisión de ideas, prejuicios, símbolos, costumbres y todos los medios a su alcance. Para Lerner (1990) este sistema tiene un origen histórico definido y se ha mantenido por milenios gracias, entre otras cosas, a que la mujer participa en

2. Existen varios textos sobre las masculinidades que exponen las consecuencias de aceptar los mandatos sociales impuestos a los varones; véase Simón y Cremades (2003); Olavarría (2001); Lomas (2003) entre otros.

su validación y sostenimiento al ser sistemáticamente excluida de la posibilidad de generar significados que den luz sobre su situación subordinada.

Tenemos entonces que ese modelo hegemónico patriarcal se trasmite a través de estereotipos que son aceptados por los sujetos en formación y se confirman en la experiencia concreta, así se incorporan a los conceptos cotidianos desarrollados a lo largo de la infancia convirtiéndose en formas de pensamiento y acción normalizadas. Sin embargo, esto no conforma una identidad de género definitiva todavía. Será necesario un mayor nivel de abstracción que permita la conceptualización propiamente dicha y con ello su consolidación.

El carácter contingente de la identidad se debe a la ambivalencia entre aceptar las normas culturales o transformarlas, permite concebirla como un proceso de construcción que interpela el discurso lingüístico porque posibilita al individuo la capacidad de cambiar las concepciones establecidas socialmente (Butler, 2002). Esto no significa, como subraya la autora, que la identidad construida pueda modificarse a voluntad –propia o de alguien más– sino que al volverse parte de la subjetividad depende de la acción reflexiva del sujeto para reconceptuarse (Coll-Planas y Missé, 2015). Esta idea concuerda con la teoría del desarrollo conceptual de Vygotsky, que establece un momento coyuntural a partir de la adolescencia y durante la juventud cuando el pensamiento está en posibilidad de cuestionar y por lo tanto, de deconstruir las normativas hegemónicas asimétricas entre hombres y mujeres. Caso contrario, puede suceder que los estereotipos se consoliden como contenido conceptual, reproduciendo el sistema patriarcal que les da origen y preservando una condición desventajosa entre los sexos.

Por lo tanto, es importante observar si los estereotipos de género se mantienen en la conceptualización durante esta etapa de la vida porque significaría que la visión hegemónica de género pesa en el sistema de creencias de las/os adolescentes, lo que es grave si no cuentan con medios culturales alternativos que les permitan contrarrestarlos. Las investigaciones describen que a partir de la primera infancia y hasta antes de la pubertad, dichos estereotipos se mantienen estables, pero a partir de la adolescencia tienden a los extremos, se flexibilizan o se vuelven más rígidos (Katz y Ksansnak en Herranz y Sierra, 2005). Para comprobarlo es que se hizo el presente acercamiento.

Metodología

Con la intención de conocer el grado de aceptación que se muestra hacia los estereotipos y roles de género, se utilizaron dos estrategias metodológicas: a) un cuestionario tipo escala Likert; y b) dos grupos focales.³ El primero se aplicó en forma simultánea a 29 adolescentes –16 mujeres y 13 varones entre 12 y 15 años de edad–. Se construyó a partir de algunos datos de la escala de Bem (1983) y otros estudios sobre flexibilidad en los estereotipos (Herranz y Sierra, 2005, González, 1999).

Por su parte, los grupos focales se llevaron a cabo en dos momentos con estudiantes distintas/os a las/os que respondieron el cuestionario; el primero fue con 12 alumnas de 13 años y al día siguiente con 19 alumnos también de la misma edad. Para la conversación se presentaron las respuestas obtenidas en el cuestionario y a partir de las reacciones se hacían preguntas con miras a obtener algunos razonamientos subyacentes de parte de las/os involucradas/os. Las sesiones fueron grabadas.

El cuestionario de 28 ítems, se dividió en cinco secciones. I. Opiniones sobre estereotipos femeninos y II

3. Tanto los cuestionarios como los grupos focales se implementaron en una escuela secundaria de Puerto Vallarta, México, en el año 2018. Los primeros se aplicaron en grupos mixtos, mientras que los segundos separados por sexo.

Opiniones sobre estereotipos masculinos. Ambas con las siguientes características: cuatro series de afirmaciones; ninguna se contradice y son complementarias, además de estar expresadas en términos positivos para no causar conflicto moral que interfiriera en la elección. Cada afirmación fue calificada por los y las adolescentes según el grado de acuerdo o desacuerdo. Estar ‘de acuerdo’, significaría que la afirmación se acepta y afianza; ‘parcialmente de acuerdo’ o ‘en desacuerdo’ supondría que existen razones contextuales o particulares para poner en duda o rechazar el estereotipo; siendo esto último lo deseable porque en la adolescencia se supone que se desarrolla la posibilidad de cuestionar las imposiciones sociales y distanciarse de sus desventajas.

La sección III. Preferencias estereotipadas. En una tabla se mostraron actividades, que si bien pueden y son realizadas por ambos géneros, la tradición suele fomentar que sean preferidas por uno u otro. Las/os participantes estuvieron obligadas/os a elegir solamente una opción basándose en sus propios supuestos para comprobar el conocimiento que tuvieran del estereotipo y qué tanto se mantenía vigente como idea aunque no necesariamente en la práctica.

En la sección IV. Roles estereotipados, se presentaron dos afirmaciones profundamente arraigadas en nuestro país sobre el rol general y el ámbito de acción de acuerdo al género. Una referida al varón, visto como proveedor y ajeno al ámbito privado; mientras que la otra es sobre la mujer, vista como responsable de las labores de crianza y cuidado del hogar, además de la jornada laboral, una realidad indiscutible en el grueso de la población y especialmente en el contexto donde hicimos el acercamiento. Nos interesaba saber qué tan aceptable es esta perspectiva entre jóvenes o qué tanto se rechaza y por qué.

Finalmente, en la sección V. Ideal femenino/masculino, se pidió seleccionar, de entre 16 adjetivos para cada género, con cuáles se identificaban y les gustaría que tuviese su futura pareja. Estas características se derivaron de la sección I: atractivo físico, apariencia, comportamientos y rasgos de personalidad. Sin embargo, a pesar de estar expresados en un rango positivo, tenían cuatro niveles que van de lo más a lo menos estereotipado. Esto con la idea de saber qué tanto se identifican con el estereotipo correspondiente –una cosa es que lo conozcan y otra que lo asuman– y además qué tanto lo tienen como expectativa.

Los resultados se presentan por las secciones señaladas, acompañadas de comentarios y opiniones expresadas en las discusiones grupales. Todas/os las/os estudiantes pertenecían a la misma escuela secundaria pública, de clase media baja, en la ciudad de Puerto Vallarta, Jalisco, México. Se hizo el análisis de contenido de todo el material recopilado.

Resultados

1. Opiniones sobre estereotipos femeninos

En cuanto al atractivo físico femenino, las mujeres tienden a alejarse de la moda que impone la delgadez como ideal y de los cuerpos curvilíneos; no así los hombres, quienes todavía tienden a estar de acuerdo con estos parámetros. En cambio, ambos concuerdan en que la belleza del rostro y el cabello largo son atributos propios de ellas. Si bien, en general las adolescentes tienden a ser flexibles en cuanto a las características mencionadas, todas las participantes en el estudio usaban el cabello largo y en su mayoría eran delgadas.

En entrevista a las niñas se les preguntó si sabían que a los chicos les parecían atractivas las mujeres curvilíneas, delgadas, con cabello largo y cara bonita. Ellas respondieron que sí. Además de no sorprenderles, declararon no estar de acuerdo con ellos:

Aa: Depende de cómo sea, porque una mujer debe ser como debe ser. Que no le importen los hombres (*lo que ellos digan*) debe ser única.

E: ¿Están de acuerdo con ella? (*Todas afirman con la cabeza*). Pero, por ejemplo, todas ustedes tienen el cabello largo... ¿Por qué tienen el cabello largo?

Aa: Porque me gusta tenerlo así, puedo hacerme peinados diferentes y cortito casi no.

E: Pero aquí en Vallarta, con el calor que hace ¿no es más cómodo tenerlo corto?

Aa: Sí. Por eso en tiempos de calor corto y en tiempos de frío largo.

E: ¿Quién se corta el cabello en tiempos de calor? (*es pleno verano y nadie lo usa corto. Una niña levanta la mano, lo lleva bajo el hombro*).

Afirman que en invierno lo traen más largo. Insisten en que el cabello corto no les permite hacerse peinados. Aseguran que nadie les prohíbe cortarlo, que lo usan así por su gusto, aunque esta aseveración puede comprenderse a la luz de la aprobación o desaprobación externa que se asume como propia, es decir, si otras personas consideran que el cabello largo en una mujer es deseable, un signo de feminidad, probablemente surgirá la idea de que así es sin darse cuenta que no fue un proceso espontáneo ni original. Al preguntarles si una mujer gruesa es bonita dicen que depende de cada caso, evidentemente la obesidad no es vista como signo de belleza.

Aa: Algunas niñas no quieren comer tanto por el mismo niño. Pero tienen que estar como están porque si las quieren tiene que ser por como son.

E: Pero para gustarle a un chico hay que estar delgada...

Aa: No, si me quieren a mí, me tienen que querer como yo soy y no como ellos quieren.

E: ¿No serían capaces de bajar de peso para gustarle a un muchacho? (*La mayoría dice que no, algunas dicen que sí, pero que solo lo harían para llamar su atención*).

E: Entonces, si a ellos les gustan las mujeres con pelo largo, ¿se dejarían el pelo largo para llamar su atención?

Aa: Depende del largo. Si lo quiere muy largo, pues no. Porque es incómodo.

Se observa que el estereotipo sobre el atractivo físico femenino impuesto para las chicas es bien conocido por ellas y parecen tener claro que es un requisito para llamar la atención de los hombres. Aunque tienen cierta resistencia a aceptarlo, por lo menos en el discurso, asumen la parte que depende de ellas –largo del cabello y delgadez– y en lo que no depende de ellas –rostro bonito y estructura física– reclaman aceptación, un discurso que a últimas fechas se ha vuelto popular en las redes sociales principalmente. Por su parte, todos los varones estuvieron de acuerdo en las afirmaciones sobre el atractivo físico de las mujeres: con curvas, cara bonita y cabello largo.

Ao: Estamos de acuerdo pero, bien vestida y que no huela mal.

E: ¿Por qué el cabello largo?

Ao: Para jalarles el pelo (*Lo dice a manera de broma, algunos se ríen y luego se retracta*).

Ao: Porque se ven más atractivas.

E: A ver, una chica de cabello corto ¿no se ve atractiva?

Aos: Sí. Sí.

E: Pero...

Ao: Pero de mi agrado, son más bonitas las que tienen el cabello largo.

E: ¿Por qué?

Ao: A mí me gustan más, sí, porque están más bonitas.

E: ¿Con cabello corto no son bonitas?

Ao: Sí también están bonitas, pero de mi agrado no son (*varios asienten con la cabeza*).

Al parecer, los varones aceptan el estereotipo de atractivo físico, mientras que las niñas manejan un discurso de liberación bajo el argumento de la auto-aceptación. Sin embargo, en la práctica parece que dicho discurso

trasmuta al estereotipo y para salvar la incoherencia lo asumen como elección propia. Es probable que a esta edad sea difícil salirse de la norma por temor a no encajar, sobre todo en la apariencia –cabello largo como distintivo de feminidad por ejemplo–, no pretende romper la imposición masculina. Sin embargo, es notable que aparezca en las adolescentes una idea general en contra, aunque no con fuerza porque no se traduce en acciones y parece quedar en simple deseo.

La imagen de feminidad tradicional exhibida por medios masivos de comunicación pareciera cuestionada porque una mayoría de personas –tanto mujeres como varones–, están en desacuerdo con la ropa ‘sexy’, –tacones y maquillaje–. Sin embargo, los hombres siguen expresando mayor acuerdo con la imagen de ‘coquetería’ de las chicas.

Las adolescentes del grupo focal estuvieron de acuerdo con todos los rubros excepto con la idea de maquillarse para verse femeninas. Sus padres y madres no se los permiten; parte del ritual del paso femenino a la madurez es esta acción. En nuestra cultura esto sucede alrededor de los 15 años. No obstante, algunas admiten que pueden hacerlo siempre y cuando sean colores suaves, le llaman ‘maquillaje decente’, en el entendido de que lo exagerado o vistoso se relaciona con la vulgaridad. Varias aseguran que al crecer solamente se pintarán los labios y las pestañas, algunas la ceja. Les parece que las artistas de televisión lo hacen en forma exagerada.

Sobre los tacones concordaron en que no eran necesarios para verse femeninas. Sin embargo, admitieron que después de los 15 años sí les gustaría usarlos.

Aas: Porque me vería más alta. Me vería más moderna.

Aa: Si yo estuviera menos alta de lo que soy, sí usaría tacones, porque me hacen ver más femenina. Los tacones no te hacen ver mejor, hay algunas que son altas y se ponen tacones y no se ven bien.

Aa: Algunas se ponen tacones y vestidos así pegaditos y se ven mal...

E: Si tuvieran un novio que les dice que le gusta que las mujeres usen ropa ajustada, ¿la usarían?

Aas: ¡No!

E: Y si no quieren usar ropa ajustada y tacones, que tal si se va con otra que sí los use.

Aa: Pues que se vaya con la otra. (*Todas concuerdan en que no usarían algo que no les gusta solo por dar gusto a un hombre*). Porque te sentirías incómoda, no estarías relajada y eso.

E: ¿Y qué hay de la coquetería? ¿Es verdad que no es necesario ser coqueta para ser mujer?

As: ¡Sí!

E: ...lo que dicen los niños es que sí es necesario ser coqueta y usar ropa sexy; los tacones y el maquillaje no son tan importantes.

Aa: Es que algunos niños dicen eso, pero ya que sean más grandes ya van a sentir lo que siente (*sic*) y ya van a ver. Mientras más grandes más les gusta lo sexy, pero cuando son chicos no tanto.

Por otro lado, los chicos admiten su gusto por la ropa ajustada y escotada en las mujeres, pero no lo desean para su pareja ya que llamaría demasiado la atención de otros hombres.

E: La ropa ‘sexy’ ¿es necesaria?, o sea, ropa apretadita, escote...

Aos: ¡Sí!

Ao: Lo único es que se les queden viendo mucho y eso es un problema (*se miran unos a otros en actitud de complicidad*).

E: Dicen los niños que para que una chica sea femenina, tiene que ser coqueta.

Aos: No. No.

E: No están de acuerdo con eso. Solo bonita, coqueta no.

Aos: No. No.

E: A qué le llamarían ustedes coqueta.

Ao: A que ande así, viendo a todos los hombres... que se ande llevando con todos los hombres.

Las niñas tienen conocimiento de que los hombres gustan de la apariencia sensual en las mujeres; a su edad no pueden responder a este estereotipo, aspiran a él en el futuro pero solo lo necesario exigido por los chicos, porque también se sabe que una apariencia excesivamente sensual puede llevarlas a ser confundidas con prostitutas. En esto concuerdan perfectamente con las expectativas de ellos, porque llamar la atención es un atributo deseable en una mujer, pero no en la pareja. Esta leve distinción no está del todo clara y para cumplir con tal mandato una solución es depender de la opinión de ellos.

Sobre los comportamientos femeninos, nuevamente las chicas tienden a alejarse del estereotipo estando más o menos, o en desacuerdo con la delicadeza. La falta de agresividad –quizá debido a la inseguridad generalizada del medio en que habitan– la indefensión y necesidad de ser protegidas y servir. No así los chicos, quienes están de acuerdo mayoritariamente en todos estos comportamientos, excepto en el servicial, donde una mayoría está más o menos de acuerdo. Al parecer ellos no han renunciado a su papel de protectores, pero pueden ajustarse a la negativa de ellas a ser serviciales.

Cuando el grupo de chicas conoció la opinión de los chicos, estuvieron en total desacuerdo con la idea de que la mujer tiene que servir. Una niña puso el ejemplo de una tía que al parecer era exageradamente servicial con su marido; todas declaran que no están dispuestas a hacer lo mismo con una futura pareja, porque ellos pueden hacer muchas cosas.

Aa: Ellos pueden prender la tele, pueden prender el ventilador y solitos se pueden hacer hasta de comer y lavar su ropa.

Aa: La mujer tiene la obligación de hacer el aseo, hacer la comida y lavar la ropa. Los hombres tienen que hacer lo que les toca hacer, traer el dinero.

E: Tú dices que a una mujer le corresponde hacer la comida, lavar la ropa y hacer el aseo de la casa. A los hombres ¿no les corresponde hacer eso?

Aa: Bueno, yo tengo una tía que se casó y su esposo es sincero, y entre los dos pagan leche, pañales y todo. Y si no le gusta cómo ella lava la ropa, pues lo hace él, porque es muy... servicial.

E: Pero este tipo de relación no es muy común ¿cierto? (*Asienten con la cabeza*). Los hombres que dicen, sí yo voy a lavar trastes, yo voy a hacer comida, voy a trapear, no es muy común. ¿A ustedes sí les gustaría que su pareja en el futuro fuera así?

Aa: ¡Sí!

E: Los niños dijeron en el sondeo que las mujeres necesitan ser protegidas por los hombres, ¿qué opinan de eso? (*Algunas asienten, otras niegan. La opinión está dividida*).

Aa: Por ejemplo, si yo fuera en la calle y un hombre trata de pasarse de listo conmigo, otro hombre me tiene que proteger.

E: Y si estuvieras sola y no hubiera un hombre para protegerte ¿qué harías?

Aa: Me defendería como pudiera, aún si fuera con un hombre que no supiera cómo defenderme, pero primero yo esperaré que él me defendiera antes que hacer nada, porque es trabajo del hombre.

El rol estereotipado de la pareja es evidente. Sin embargo, la idea del comportamiento indefenso femenino no es totalmente aceptada en el discurso de las niñas. Se creen capaces de defenderse si no cuentan con la protección masculina, pero se niegan a aceptar que ellos no cumplan con ese rol. Tampoco están dispuestas a adoptar una actitud servicial más allá de lo que consideran su obligación como mujeres, las tradicionales tareas domésticas. El grupo de chicos coincidió con las chicas respecto al estereotipo, pero sus razones variaron:

E: Ellas dicen en la encuesta que una mujer no tiene que ser suave y delicada, mientras que ellos dicen "Sí, tiene que ser suave y delicada". ¿Qué dicen ustedes?

Ao: Delicada no (*todos asienten*) pero suave sí.

Ao: Suave, no ruda.

Ao: Eso es para los hombres.

Ao: Que no sea 'fresa'.

E: ¿Qué es ser 'fresa'?

Ao: Muy creída, presumida.

E: Dicen ellas: la mujer puede ser agresiva; y los hombres dicen: poquito agresiva.

Ao: Sí, la mujer debe ser agresiva cuando debe, en ocasiones.

E: ¿Como cuáles ocasiones?

Ao: Como cuando el hombre anda con otra mujer y lo cacha con la muchacha. O cuando le está diciendo de cosas su mamá, para que se defienda.

E: Dicen los chicos: "Las mujeres necesitan ser protegidas por los hombres".

Aos: ¡Sí!

E: ...pero las niñas dicen "no, no necesitamos protección de los hombres".

Ao: Son las que se saben cuidar solas.

E: Pero una mujer femenina, ¿debería ser protegida por los hombres?

Aos: ¡Sí! Por un hombre (*haciendo énfasis en 'un'*).

Ao: Por uno, no por todos los hombres.

E: A ver, qué pasa si una chica va caminando por la calle y de repente alguien la quiere atacar y ustedes ven. ¿No la ayudarían?

Aos: ¡Sí!

E: Entonces sí son protegidas por los hombres, no nada más por uno.

Ao: Es que puede haber más gente que puede ayudar.

E: Las chicas dicen: "una mujer no necesariamente tiene que ser servicial". Los chicos dicen "sí, tiene que ser servicial".

Aos: Sí, sí tiene que ser servicial.

Ao: Sí, nada más que sepan hacer la casa, o sea, de comer, limpiar la casa, pa' que el hombre nomás vaya a trabajar.

Ellos consideran que las mujeres pueden valerse por sí mismas, pero se niegan a abandonar su rol protector, lo que coincide con la expectativa de ellas. Sin embargo aceptan que la mujer sea agresiva aunque nunca más que un hombre y servicial, entendiendo como tal, que cumpla con el rol tradicional de ama de casa.

Las características tradicionalmente femeninas fueron las que menos se pusieron en duda. La gran mayoría de muchachas están cómodas con la idea de ser libres para llorar, comprensivas y románticas. Ellos, por su parte, tienen opiniones divididas en estos rubros entre estar de acuerdo y más o menos. Sobre ser afectuosas, las chicas están más o menos de acuerdo y los muchachos parecen coincidir. Pero respecto a hablar sobre sexo, ellas están más dispuestas a tratar ese tema que ellos. Las chicas del grupo focal estuvieron de acuerdo en que las mujeres lloran fácilmente, pero no en que sean muy comprensivas.

Aa: No tanto.

Aa: De mujer a mujer sí.

Aa: No con los hombres, porque somos diferentes y eso hace que no los entienda. Aunque las mujeres intentamos comprender a los hombres, pero no lo logramos.

Están de acuerdo en que las mujeres son románticas. Dijeron que el romanticismo consiste en escribir cartitas, escuchar canciones, el gusto por recibir flores, chocolates y 'detalles', objetos que signifiquen algo o tengan mensajes bonitos. Están de acuerdo en que no siempre son afectuosas y que no les gusta hablar de sexo, ni entre ellas.

Aa: Otras niñas en otros grupos sí hablan de sexo, pero en nuestro grupo no.

Aa: Algún día tendremos que hablar de sexo.

Aa: Sí, pero por gusto no.

Los niños también coincidieron con la opinión de las niñas:

E: ...las mujeres lloran fácilmente ¿es eso cierto?

Aos: ¡Sí!

Ao: Hay unas que no.

E: Pero digamos, ¿la mayoría de ellas llora fácilmente?

Aos: ¡Sí!

E: La mayoría de las mujeres son comprensivas. ¿Están de acuerdo con eso?

Aos: No. La mitad y mitad.

Ao: No todas.

E: Por qué no todas.

Ao: Porque algunas son mala onda. Como, mujeres comprensivas que hacen algo los hombres y las mujeres no quieren... hacen algo y no es cierto y hay algunas que dicen "sí, sí lo hiciste" y hay otras que les explican y te comprenden. (*Todos asienten*).

E: Dicen tanto niños como niñas que las mujeres son románticas.

Aos: Algunas. La mayoría. El 25%. El 50. El 75.

Ao: A las mujeres les gustan las flores, las cartitas...

Ao: Que las lleven a cenar.

E: Dicen los niños: a las mujeres les gusta hablar de sexo. Y dicen las niñas que no. Ustedes qué piensan.

Ao: A ellas sí, porque tengo unas amigas que sí hablan de eso.

Ao: Entre ellas sí, pero con los hombres no.

Ao: Con los hombres, ya cuando llevan una relación ya avanzada.

Ambos sexos responden positivamente a la prescripción de que las mujeres son emocionales y ellas lo aceptan. Las/os adolescentes parecen divergir en cuanto a si son comprensivas, lo que tal vez se deba a que entienden cosas distintas: las muchachas lo ven como la capacidad de entendimiento de los otros y declaran poder hacerlo más bien entre ellas. Los muchachos lo interpretan como tolerancia y dudan que mayoritariamente sean así. Por lo que respecta al hablar de sexo suponen que les gusta abordar el tema pero solo entre ellas o con su pareja.

II. Opiniones sobre estereotipos masculinos

En relación a los estereotipos masculinos sobre el atractivo físico, otra vez las mujeres muestran mayor flexibilidad, sin dejar de estar de acuerdo del todo con los atributos impuestos como la moda por los medios masivos de comunicación, excepto con el rostro bello. Parece algo no indispensable para los hombres –opuesto al caso femenino–. Por su parte, los chicos concuerdan prácticamente con todos esos atributos, –a diferencia de las chicas– están de acuerdo con los estándares que se les han impuesto la minoría los ponen en duda.

Las jóvenes refieren estar de acuerdo en que el atractivo de un hombre no se relaciona con los músculos, ni la fuerza, que no importa la estatura y no tienen que ser de rostro bonito. Difieren de la opinión de ellos sobre el atractivo:

Aa: No todos los hombres van a ser altos, algunos son chaparros y no pueden cambiar eso.

E: ¿Qué pasa con la presión? ¿No les da pena decir a sus amigas que andan con un chavo feo?

Aa: No importa lo que digan, si tú lo quieres es por algo.

Aa: Lo que los demás digan no importa, porque si te dicen que no andes con ése, que no te conviene, pues yo no voy a hacer caso porque yo lo quiero y eso es lo que importa.

Ellas dicen ser capaces de resistir la presión social que aprueba o reprueba los estándares de apariencia masculina, lo que es entendible cuando la mayoría de estas chicas no ha tenido la experiencia del noviazgo todavía –se les solicitó que levantaran la mano respecto a este tema–. Cabe señalar la aceptación en general a

resaltar otras virtudes no evidentes.

Ellos coinciden en que los hombres no necesitan un rostro agraciado para ser atractivos, lo que cuenta es 'su manera de ser'; lo cual encaja con el correlato de las muchachas. El peso del estereotipo marca una lógica: la mujer debe ser atractiva para llamar la atención del hombre, mientras que éste solo necesita ser 'él mismo'; luego entonces, al hombre le gusta una mujer hermosa, mientras que ésta no debe fijarse en la apariencia física. En referencia a los músculos, los consideran importantes pero no demasiado, así como la estatura. Lo que no está en discusión como atractivo físico es la fuerza:

E: Dicen los niños: para que un hombre sea atractivo tiene que ser alto. Las niñas dicen: no, no tiene que ser alto.

Aos: ¡No, no! No tiene que ser alto...

E: Las niñas dicen que los hombres no tienen que ser fuertes (...) pero los niños dicen que sí, por lo menos más fuertes que las mujeres. ¿Están de acuerdo con eso?

Aos: ¡Sí! (*muy seguros*)

Ao: Cuando se pelean, para que ella no le pegue el hombre tienen que correr... bueno no tiene que correr, pero sí ser más fuerte, si no lo va a estrellar contra una mesa.

E: ¿Pero por qué una mujer querría golpear a un hombre?

Aos: Sí. A veces.

Ao: La otra vez, como tengo unos vecinos y el señor, como le pegaba a la mujer, la mujer un día se defendió, como tenían una pecera, le aventó toda la pecera en la cara y lo descalabró muy feo.

En el cuestionario, la mayoría de los muchachos aceptaron los estereotipos sobre el atractivo masculino, aunque en el discurso solo defienden la fuerza. Quizá se deba a que son jóvenes de 13 años y su constitución física en desarrollo les deja en posición contradictoria porque no saben si lograrán los estándares impuestos de musculatura, lo que no quita que ellos aspiren a tenerla en un futuro.

Un estereotipo que surgió durante la charla fue el de la violencia basada en la asimetría de fuerzas. Los chicos repiten la prohibición de golpear a una mujer, pero defienden el ser más fuertes que ellas ya que sería inadmisibleser golpeado por una.

Ao: No, ¿te imaginas? Que una mujer te pegue... (*se miran entre ellos en actitud de complicidad*).

Ao: Hay quienes se dejan pegar por sus mujeres (*varios mueven la cabeza en señal de reprobación*).

E: ¿Quién de aquí se atrevería a golpear a una mujer?

Aos: Yo no. Yo no. En juego.

E: ¿En qué tipo de juegos?

Aos: Atrapados. No, yo no.

Ao: Yo juego con las niñas pero nunca les pego, así me rasguñen, me jalen las greñas, me enojo mucho pero no les pego.

E: ¿Y por qué no les pegas? Si ellas te pegan...

Ao: Porque son mujeres. 'A las mujeres no se les pega ni con el pétalo de una rosa' (*haciendo alusión a una frase que dice: A las mujeres no se les toca ni con el pétalo de una rosa*). No se les debe pegar.

E: Pero, ¿ustedes en serio creen eso o solo porque se los dice su mamá?

Aos: No, es en serio...

E: ¿Por qué no se le debe pegar a una mujer?

Ao: Porque una mujer es más débil que un hombre...

E: Pero también hay niños que son más débiles que otros niños ¿no?

Ao: Sí, pero niños contra niños es muy diferente que niños contra niñas.

Aos: Sí, es muy diferente.

E: Y a un niño débil ¿lo golpearían?

Aos: Sí. Si está molestando... Y ya no entiende sí.

Ao: Pero a un inválido, no. A una niña si te está pegue y pegue, le dices 'ya estate quieta.'

Ao: Pero no les estás haciendo nada y ellas llegan y te pellizcan (*varios afirman lo mismo*).

E: ¿Por qué sería eso, por qué una mujer vendría a molestar a un hombre?

Aos: Por llevadas. Porque así son de llevadas. Para que te fijes en ellas.
E: ¿Si te está molestando es que tú le gustas y quiere llamar tu atención?
Aos: ¡Sí!

Los opuestos estereotipados por género explicarían por qué para los varones resulta esencial la fuerza: la mujer es débil, por lo tanto, el hombre debe ser fuerte. Esta sola idea sostiene una concepción de masculinidad que implica comportamientos, actitudes y roles varoniles que conforman gran parte del poder argumentativo de complementariedad entre sexos; ellas 'necesitan' ser protegidas, ellos ser 'valientes', seguros de sí y protectores, de ahí el requisito de fuerza física.

Por ahora dicen no atreverse a golpear a sus compañeras, excepto en juegos, concibiendo que estos muestran la necesidad de llamar la atención del otro; con esto se desarrolla un tipo de relación que involucra la aceptación de una violencia disfrazada que normaliza formas de interacción erróneas entre los sexos y puede evolucionar en otros tipos de violencia. Aunque se justifique con la idea de que es el otro quien la provoca, en realidad la violencia existe por un abuso del más fuerte sobre el más débil –sea hombre o mujer– de modo que el valor de poseer mayor fuerza radica en que otorga la posición de ventaja para ejercerla. (Seidler, 2008)

Sobre la imagen masculina existen opiniones divididas, tanto en ellos como en ellas. Tal vez se debe a que la imagen del hombre no es motivo de culto, como es el caso de las mujeres; y como depende de la moda, en los últimos ésta ha impuesto patrones menos rígidos para los hombres en cuanto a colores o estilos que los más jóvenes no tienen problema en adoptar. Una ligera mayoría –sumando el 'más o menos de acuerdo' y 'en desacuerdo'–, tanto de mujeres como hombres opinan que los varones están más interesados por su apariencia de lo que se cree. Ellas piensan que el uso de ropa discreta no es precisamente propio de ellos. Sin embargo, prácticamente todos están de acuerdo en que un aspecto limpio es parte de la masculinidad.

Las chicas declararon estar de acuerdo en las opiniones tanto femeninas como masculinas que sobre este rubro arrojaron las respuestas del cuestionario. Efectivamente, no aceptan modas que conciben como femeninas en ellos, por ejemplo la ropa ajustada ya que les parece femenina.

E: Los pantalones que usan los chicos de moda, angostos, ¿les gustan?
Aas: ¡No!
Aa: Parecen niñas.

Lo mismo los chicos, a pesar de que todos visten pantalones ajustados, que por ahora es usual, están dispuestos a dejar de lado la moda para ser aceptados por ellas.

E: Un hombre no tiene que estar a la moda.
Ao: Así como sea. Lo que importa es su forma de ser.
E: ¿Entonces la apariencia no es tan importante?
Ao: Algunas veces sí.
E: ¿Como cuándo?
Ao: Mm... cuando van al cine o algo, y la mujer dice 'Así vienes vestido' y no quiere, le da vergüenza.

El interés por la apariencia no es un rasgo típicamente masculino, de modo que ambos sexos lo desestiman. Es un aspecto en el que los varones están dispuestos a negociar porque para ellos la forma de vestir es un medio para pertenecer, para identificarse con los pares; a diferencia de las mujeres –para quienes la apariencia es una forma de atraer la mirada del sexo opuesto– sus contrapartes no creen depender tanto de esto como de su 'forma de ser' hombres.

Los comportamientos estereotipados masculinos relacionados con la violencia están siendo cuestionados

principalmente por las mujeres, sobre todo por el medio en el que viven estos jóvenes⁴. Ellos también se niegan a aceptarla como característica masculina. Sin embargo, sobre la competitividad las chicas están más o menos de acuerdo y ellos la aceptan mayormente; los muchachos están constantemente presionados por otros varones a demostrar sus capacidades y probar sus destrezas, por lo que la competitividad es un atributo importante para ellos, al igual que la seguridad en sí mismos. Las chicas están de acuerdo en esto último porque tradicionalmente se le atribuye al hombre la toma de decisiones.

En la discusión grupal, las chicas coincidieron totalmente con el sondeo por escrito. Algo que destacó en los varones fue la forma en que conciben el comportamiento agresivo, necesario para la defensa tanto de sí mismos como de ellas, justificándolo únicamente cuando busca la protección:

E: Los hombres no deben ser rudos, toscos en su trato.

Aos: ¡Sí! Para defenderlas.

Ao: Solo en un momento dado. Pero de normal, no.

Ao: Deben ser caballerosos.

E: Los hombres no deben ser agresivos para verse masculinos.

Aos: ¡No! Solo cuando se necesita.

E: Bueno, ¿el hombre debe ser protector?

Aos: ¡Sí! ...de la mujer... ni modo que le pegues.

Respecto a la competitividad, fue curioso observar que cuando un muchacho se apartaba de la opinión de la mayoría, había una tendencia a hacerle cambiar de idea cerrando filas y ejerciendo presión; más de la mitad estaban convencidos de que la competencia afirma la masculinidad.

E: ¿Es verdad que para que un hombre sea masculino tiene que ser competitivo? ¿Que le guste la competencia y que le guste ganar?

Aos: ¡Sí! *(la mayoría responde afirmativamente, pero algunos dudan)*.

Ao: Es bueno competir contra otro.

Ao: No, yo digo que no. Porque al competir puedes salir mal, puede pasar un accidente y atropellarte. *(Otros no están de acuerdo)*.

Ao: Pero puede haber diferentes competencias, no exactamente eso.

Ao: Pero, a la hora de competir, pueden decir '¡Ey! yo te gano y así'.

Ao: Como cuando uno tiene un carro más bueno que el otro y agarran así una carrera y puede haber accidente.

Ao: Pero en ese caso... en otros no. *(La mayoría asiente)*.

Aquí apareció otro estereotipo, relacionado con la inquietud de no parecer tan masculino si no se cumple con los estándares de comportamiento exigidos.

E: Y el hombre debe ser seguro de sí mismo.

Aos: ¡Sí!

E: Entonces los hombres tímidos, inseguros, no son tan masculinos...

Ao: ¡Sí! ¡Claro!

Ao: Oiga ¿y los hombres gays?

E: ¿Qué pasa con ellos?

Aos: Son hombres-mujeres. Son mujeres. Pero que se visten como mujeres. Algunos se visten como hombres pero son gays.

Ao: *(respondiendo al que hizo la pregunta)* Haz de cuenta que son una estatua, que no hablan con las mujeres.

Ao: Hacen todo como mujer.

E: Oigan, si un hombre no es seguro de sí mismo, ¿entonces sería gay?

Ao: No sería gay... pero si actúa así, le estarían diciendo 'es como una niña'.

4. Según refiere el director de la escuela secundaria en cuestión, es frecuente que en la puerta de entrada y alrededores ocurran peleas entre estudiantes o pandillas de barrio al grado de necesitar intervención policiaca.

Ao: Como a un niño chaparrito que siempre le dicen 'jotito'.

E: Y por qué ¿nada más porque está chiquito?

Ao: Porque camina como niña y juega a las muñecas (*hace un movimiento afeminado*).

Ao: Yo juego a las barbies, y qué tiene... pero para desvestirlas (*todos ríen*).

Un comportamiento inseguro y tímido es visto con desconfianza y tachado de homosexual si se aleja lo suficiente del estándar hegemónico, que necesita tener claros límites de conductas y sentimientos (Conell, 2003). No es de extrañar que el tema apareciera solamente en la conversación con los varones. Un patrón común entre los adolescentes es reforzar la masculinidad heterosexual mediante la reprobación y burla de comportamientos 'afeminados' entre sus pares. La intimidación y violencia contra los gays, así como las expresiones verbales homofóbicas son, para estos jóvenes, ataques en defensa de los códigos de honor masculino. (Tomsen, en Connel, 2003)

En cuanto a las características masculinas, las muchachas son quienes ponen en duda ciertos estereotipos como ser romántico o valiente; parecería que están de acuerdo con cierta vulnerabilidad en ellos. Aunque en su mayoría no aceptan que lloren en público, quizá porque ellas tienen socialmente más libertad para hacerlo piensan que ellos deben contrarrestar esto; asimismo discrepan de la idea de que les gusta hablar sobre sexo. Mientras tanto, la mayoría de los varones se muestran seguros de estas características, difiriendo de la opinión de ellas en cuanto a la valentía y hablar de sexo; concuerdan en el romanticismo, que empiezan a aceptar, así como no interesarse por los problemas ajenos. En la discusión, ellas negaron el mandato de que los hombres no deben llorar:

Aa: Dicen que porque parecen niñas (*cuando lloran*).

Aa: No deben aguantarse, deben sacar lo que traen.

E: Entonces ¿les parece bien que los hombres lloren?

Aas: ¡Sí!

E: ¿No les daría vergüenza que sus novios lloraran y que los demás los vieran?

Aa: No, si lo necesita...

E: Ellos piensan que no son suficientemente masculinos si son románticos. ¿A ustedes les gustaría que fueran románticos?

Aas: ¡Sí! (*Lo dicen emocionadas*).

Aa: Hay algunos niños que te llevan flores y te dan cartitas y todo. Pero hay otros que les da pena y te las mandan. En realidad, sí son románticos aunque digan que no.

Aa: Son románticos pero no lo demuestran.

E: ¿Por qué?

Aa: Porque piensan que no se ve muy masculino.

Se mostraron desconcertadas respecto a que los hombres no se interesan por los problemas ajenos; algunas aseguraron tener amigos que sí muestran interés en platicar sobre sus preocupaciones, pero piensan que no todos los chicos son confiables. Además suponen que entre ellos sí hablan de sexo.

En contraste, los chicos aceptaron sin más el estereotipo de que los hombres no lloran porque se exponen a la burla social, de la que ellos mismos forman parte; sin embargo, admitieron no burlarse cuando llorar está plenamente justificado, en caso de rabia o frustración por ejemplo.

E: Los hombres no lloran en público.

Aos: ¡No! (*su expresión es rotunda*) Se aguantan. Se aguantan para llorar en su casa. En su cuarto, bien encerrados.

E: ¿Qué pasa si lloran en público?

Ao: Da vergüenza y se burlan de él.

Ao: Un día éste lloró y no le dijeron nada (*señala a un compañero*). Alguien le robó dinero y él lloró.

E: (*Dirigiéndose al niño*) ¿Y nadie te dijo nada? (*él asiente*).

Ao: Casi no se veía. Ya después levantó la cabeza y todos los ojos rojos. Pero nadie le dijo nada, porque le robaron dinero y él no dijo nada.

Ao: Todos estábamos afuera y no le dijimos nada.

Sobre la valentía tampoco hay cuestionamiento, la opinión diferente es rápidamente neutralizada por el grupo; pero al igual que el llanto, el miedo es aceptable cuando está justificado, no así la cobardía. Admitieron la posibilidad de sentir miedo pero no de huir; la valentía consistiría en superar el susto y enfrentarse a la situación, excepto cuando el peligro es demasiado.

E: Los hombres deben ser valientes.

Ao: No, porque de valientes está lleno el cementerio.

Ao: (*Dirigiéndose al que acaba de hablar*) Si hay una cucaracha en la casa ¿quién la va a matar? ¿El vecino? O una rata...

Ao: Tienes que agarrarla y hacerla para otro lado.

E: Pero si un muchacho ve una serpiente y corre ¿qué? ¿Se burlarían de él?

Aos: ¡No!

E: ¿Pensarían que no es suficientemente hombre?

Aos: ¡No!

Ao: Cuando íbamos pasando, yo y una amiga, un perro chihuahua me asustó y me puse atrás de ella (*todos ríen*).

Ao: Es que, al ver un imprevisto sí te da miedo.

E: ¿Y qué dijo tu amiga?

Ao: Pues... ya lo vi bien y le di una patada.

E: ¿No te dio pena con ella?

Ao: No, porque era mi amiga.

Estos adolescentes están de acuerdo en mostrar conductas románticas, pero como necesidad para conquistar a las mujeres, ya que son ellas quienes esperan estas acciones.

E: Jóvenes: los hombres no son románticos.

Aos: ¡Sí! Así es.

E: A los hombres ¿no les gusta ser románticos?

Aos: A algunos. ¡Sí! Al 75%. Regalarles rosas, escribirles cartas. Lo que les gusta a ellas.

Sobre interesarse por los problemas ajenos, dijeron no ser chismosos y solo preguntar cuando un amigo lo necesita. Hablar sobre sexo, admiten, que igual que las niñas, solo es entre ellos.

Al parecer el estereotipo de mostrarse vulnerables públicamente sigue siendo negado a los varones, aunque ambos grupos comiencen a aceptarlo, siempre y cuando haya un motivo justificable de por medio. Se mantiene la valentía como característica típica masculina ligada al rol de protector de la mujer. El interesarse en los problemas ajenos sigue relacionado con el chisme, por lo tanto visto como poco masculino, excepto en los casos en los que la confianza lo permita. El sexo es para los adolescentes un tema de interés, pero solo se habla entre pares. Por lo que respecta al romanticismo es un aspecto que los chicos consideran estratégico para conquistar a una chica.

III. Preferencias estereotipadas

El caso de las preferencias por género sobre actividades propias de su edad, arrojó acuerdos implícitos reflejo del conocimiento del estereotipo. A pesar de que saben que son actividades que pueden y realizan ambos géneros, fueron capaces de distinguir las ideas validadas socialmente y hubo poco desacuerdo entre

ambos grupos.

Tanto los como las jóvenes están de acuerdo en que los deportes, los videojuegos, aprender a manejar, beber alcohol y fumar constituyen actividades que prefieren los varones; mientras que bailar, ver películas románticas, leer y asistir a la iglesia son actividades de preferencia para las mujeres.

Otras actividades como pintar/dibujar o tocar un instrumento se las adjudica cada sexo para sí; en tanto que platicar con amigos/as, uso de redes sociales y asistir a la escuela, las chicas no tienen duda en que son actividades de su preferencia, mientras que los chicos tienen opiniones divididas.

El grupo focal femenino estuvo de acuerdo con los resultados arrojados por los cuestionarios, excepto en que leer fuese actividad de preferencia femenina; la mitad de ellas admite no tener ese gusto. Piensan que es igual el interés por la lectura en hombres y mujeres, ya que en clase es común que ellas eviten hacerlo al grupo y sean ellos los que más lo realizan. Aseguran que el uso de redes sociales es una actividad femenina porque hay que estar al tanto de lo que sucede y el asistir a la iglesia es más atractivo cuando asisten chicos que les interesan. La razón para que les guste asistir a la escuela es porque pueden platicar con sus amigas y ver a los muchachos.

De igual forma, coincidieron con las actividades de preferencia masculina. Consideran que el deporte es propio de los chicos porque hay chicas que tienen miedo de ser golpeadas por un balón o no les gusta ensuciarse y para los muchachos esto no es problema.

No obstante, están de acuerdo en que los videojuegos son preferidos por los hombres, algunas de ellas admiten jugar también, aunque ocasionalmente juegos de carreras, Wii o Mario Bross porque no son violentos.

Sobre el uso de alcohol y drogas acordaron que son actividades masculinas, aunque notaron que las mujeres adultas en su entorno están empezando a fumar tanto como los hombres. Algo que no les parece problemático es tener un novio fumador, aunque sí bebedor.

Aa: Si fuera guapo, no importa que fume.

E: Pero antes tú dijiste que no importaba que fuera guapo, con que fuera honesto.

Aa: Bueno, sí, que fuera honesto pero si es guapo es mejor.

Aa: Si fuera alcohólico, le daría a que lea esto (un folleto de AA que traía), le diría que no tome, trataría que dejara la bebida. Mi mamá le dijo a mi papá que si no dejaba de tomar lo dejaba. Y mi papá lo dejó (el alcohol). Pero luego se encontró otra mujer y se fue.

E: Si su novio les dijera 'tómame una copita conmigo' ¿lo harían?

Aas: Sí. Si es una, sí. Más no.

Aa: Si te arriman la botella, pues ya no.

El alcoholismo es común en el medio en que viven estos adolescentes⁵ y las chicas parecen manejar la idea de que es un problema de fácil solución.

Ellos también están de acuerdo en que las actividades propiamente femeninas son: bailar, ver películas románticas, dibujar, asistir a la iglesia y leer. Declaran no ser tan afectos a la lectura como sus compañeras de clase suponen, solo la mitad admite que le gusta, la misma proporción que en ellas. Suponen que las niñas piensan que son ellos los aficionados porque se animan más a leer a la clase cuando lo solicita la profesora, mientras que ellas tratan de pasar desapercibidas. Esto evidencia que los varones se desenvuelven mejor en la escena pública, pero no necesariamente que se inclinen más por esta actividad.

En cambio, están en desacuerdo sobre el uso de redes sociales, aseguran que las usan tanto como ellas

5. El director de la escuela secundaria en cuestión informó que reciben al personal de los programas D.A.R.E. y ALANON quienes dan charlas a los estudiantes para prevenir adicciones y ofrecer alternativas debido a la situación de riesgo que se vive en esta comunidad. Es la razón por la que una de las niñas tenía a la mano un folleto informativo sobre alcoholismo.

porque es divertido y hay que estar actualizados.

E: ...las niñas usan más las redes sociales que los niños.

Aos: No. Sí. Bueno...

Ao: Yo digo que no, porque en el salón están todos... (*hace la mímica de textear*).

E: ¿Quién usa Facebook? (*todos levantan la mano*). ¿Quién usa Instagram (*casi todos*). ¿WhatsApp? (*casi todos*).

Sobre asistir a la escuela reconocieron que, en efecto, son las mujeres quienes mejor se desempeñan en el ambiente de aprendizaje escolar:

Ao: Yo pienso que a las niñas les gusta venir más a la escuela porque siempre las niñas son más listas que los niños. Casi siempre, no me digan que no (*dirigiéndose a sus compañeros*).

Aos: Sí. Sí. Sacan mejores calificaciones.

También convienen en que actividades masculinas son los deportes y videojuegos –ya que son más competitivos que ellas–, así como fumar y beber alcohol, aunque señalan al igual que sus contrapartes que hay cada vez más mujeres que fuman y/o beben. Aprender a manejar, dicen, es una prioridad para los hombres y aquí aparece el estereotipo masculino de tener el control y ejercer la función protectora.

E: ¿Por qué es importante para ustedes saber manejar?

Ao: Por alguna emergencia, como por decir, mi papá está trabajando y deja la camioneta, porque tenemos dos carros, y mi mamá se pone mala o mi hermanito, yo ya los puedo llevar al hospital.

E: ¿Tu mamá no sabe manejar?

Ao: No, mi mamá no sabe manejar.

E: ¿Las mujeres deberían saber manejar?

Aos: Sí. Si quieren. Por si acaso...

Ao: Yo debo saber manejar porque si hay una emergencia y no hay nadie en casa tienes que ir tú.

Prácticamente todos estuvieron de acuerdo en que hay actividades estereotipadas por género comprobando que, a pesar de no estar totalmente de acuerdo en que así deba ser, responden a la expectativa.

IV. Roles estereotipados

Al opinar sobre los roles, hubo una ligera diferencia entre géneros. En el contexto social donde se realizó el estudio, es común que una madre soltera sea jefa de familia –con parejas temporales que no se hacen responsables– o bien el ama de casa que ‘ayuda’ extraoficialmente al gasto familiar con trabajo no asalariado, cuya responsabilidad por mandato cultural y/o religioso es velar por sus hijos y mantener la casa funcionando. En estas condiciones es entendible por qué, tanto las chicas como los chicos, se inclinan sin dudar hacia la idea de que el varón sea el proveedor a pesar de que la mujer trabaje, ya que ella se encarga del hogar y su contribución debería ser solamente un ‘extra’; o también que asuma el rol tradicional y se quede en casa para que su marido se encargue de traer el sustento económico, cada quien cumpliendo con un papel complementario. Solo hubo tres muchachos que opinaron que la responsabilidad debe dividirse entre los dos.

El razonamiento de las chicas respecto a coincidir en que la mujer es responsable de la crianza aunque trabaje, es que la familia y el hogar son compromisos tradicionalmente femeninos. La doble jornada es una necesidad que se puede sobrellevar, ya que las mujeres han demostrado poder con ambos roles. Parece implícito en sus argumentos el orgullo de la maternidad, característica reservada para ellas, que no les permite dejar esa responsabilidad en los hombres. Solo tres de estas jovencitas argumentaron que esto no exime a los varones de apoyar a sus esposas.

Lo notable aquí fue que los varones dividieron opiniones. Por un lado, está la postura ligeramente mayor de que es propio de la mujer hacerse cargo de la casa y que la familia depende de ella, otros más declaran que es demasiado trabajo para una sola persona y, si bien no piensan que el hombre puede hacerse responsable totalmente de este rol, sí que debe ‘ayudar’ a la mujer quizá con la crianza de los hijos.

E: ¿Entonces las mujeres no deben trabajar?

Ao: Las mujeres trabajan en la casa (*algunos asienten*). Los hombres trabajan fuera de la casa.

Ao: Por eso se hizo el matrimonio para que ellas se encargaran de los hijos.

E: ¿Pero si la mujer quiere trabajar?

Ao: Pos que trabaje.

Ao: Se vería mal.

E: ¿Se vería mal? ¿Tú no dejarías trabajar a tu esposa?

Ao: Si estuviera muy mal económicamente, ahí sí.

E: A ver, levanten su mano ¿cuántas de sus mamás trabajan? (*La gran mayoría levanta la mano*).

Esto es importante porque la mayoría declaró que sus madres tienen trabajo asalariado, por lo tanto deben tener experiencias en casa que les hacen darse cuenta de la situación en que ellas se encuentran o bien, se identifican con el rol de su padre como proveedor y asumen que ellas no deberían trabajar fuera de casa y si lo hacen, los padres también deberían cooperar en el hogar. Para ellos es inevitable que las mujeres trabajen si hay necesidad económica, al mismo tiempo que indeseable porque no mantener una familia es signo de debilidad masculina. Por lo tanto, esta actividad se percibe en ambos grupos no como una posibilidad de realización o autonomía de ellas, sino como falta de opciones.

V. Ideal femenino/masculino

El ideal femenino que buscan los hombres parece ser compatible con las características que las mujeres desean para sí, esto es, ellas se identifican con lo que ellos buscan en lo general. Excepto en lo referente al aspecto físico, las mujeres se dividen entre buscar un cuerpo delgado o no darle importancia al mismo, atributo que para los hombres buscan: el físico no solo delgado sino con curvas y sensualidad.

Por otro lado, el ideal masculino también se corresponde en buena medida con lo que los hombres consideran deseable para ellos. El modelo de masculinidad caballeroso y protector sigue vigente, complementado con cualidades de fuerza y servicio, aunque para ellas el complemento sería la inteligencia y seguridad personal. Las mujeres siguen sin dar importancia al físico masculino.

El estereotipo que marca el ideal femenino para estos muchachos coincide en algunos atributos con los que se identifican en su mayoría las chicas: ser limpia, segura de sí misma, maternal e inteligente. De igual manera, los atributos masculinos ideales para ellas y que coinciden mayoritariamente con los de ellos son: ser caballeroso, protector e inteligente.

Nuevamente el estereotipo de ambos grupos se complementa en lo básico: la mujer debe ser limpia en su persona y en el hogar –que no es un atributo exigido por ellas para los hombres–, maternal ya que se trata de formar una familia, segura de sí e inteligente; en tanto que el hombre debe ser caballeroso en su trato con ella, dar la protección que necesita su familia y también inteligente. Al parecer en esto están de acuerdo.

Sin embargo, aparecen otros atributos importantes cuando se trata de la identificación personal en los que no coinciden con el grupo de adscripción, por ejemplo, para los chicos sigue siendo significativo que ellas sean delgadas y ellos fuertes, mientras que para las muchachas el físico no es lo más importante, ni el propio ni el de ellos; no obstante una se identificó con un cuerpo curvilíneo y otra con un cuerpo grueso, en tanto que ningún

varón marcó como deseable un cuerpo grueso en la mujer, aunque sí algunos marcaron curvilíneo. Los chicos se consideran serviciales y buscan una mujer que también lo sea, pero las chicas tampoco le dan demasiada importancia a esta característica. Ellas se siguen identificando a sí mismas con el sentimentalismo, mientras que fue uno de los atributos menos procurados por ellos. Por último, el atributo de ser buen proveedor fue más marcado por muchachos que por muchachas, pero en ningún caso fue una tendencia alta, probablemente porque en esta edad piensan en el ideal de pareja en términos más inmediatos y no como una relación que culmine en la formación de un hogar.

Conclusiones

En términos generales, el grupo de las adolescentes mostró cierta tendencia a poner en duda algunos estereotipos, sobre todo los referidos al atractivo físico y características masculinas; al parecer las chicas están dispuestas a renunciar a estándares poco realistas por sus carencias socio-económicas, donde los jóvenes no pueden darse el lujo del culto al cuerpo, por lo que dan más importancia al carácter y los valores que ellos posean.

Lo mismo ocurre con los estereotipos de 'atractivo físico', 'imagen' y 'comportamiento' impuestos para ellas. Aparentemente ponen en duda las exigencias de delgadez y sensualidad que ofrecen los medios, lo que no significa que no los vayan a asumir en el futuro porque el discurso se hace a un lado cuando la vida cotidiana lo demanda. Al parecer se sienten cómodas con las características femeninas que practican desde pequeñas, aunque algunas jovencitas comienzan a cuestionarlas en la medida en que no se ajustan a su cuerpo.

El acentuado énfasis en el cuerpo que la prescripción impone a las mujeres tiene como consecuencia que desde pequeñas inhiban ciertas prácticas y adquieran ciertas conductas y posturas que se conciben como esperables. Young afirma que, debido a esto, la mujer experimente su cuerpo como objeto y no solo como sujeto, porque parte de la esencia de ser mujer supone el ser observada como potencial objeto de deseo, (en Davies, 1994).

Ellas manejan un discurso emancipador sobre ciertos estereotipos, sin embargo no parecen estar del todo convencidas, ya que responden a la mayoría de los estándares que se les exigen. Es factible estar en desacuerdo con una norma y no obstante acatarla por no contar con los recursos tanto psíquicos como sociales para desafiarla. Pueden sentir incomodidad con ciertas demandas que no se ajustan a su individualidad –belleza del rostro o delgadez– pero mientras la cultura que las impone no cambie, seguirán intentando responder a ellas quizá con cierta resistencia, pero cumpliendo al fin.

Por su parte, los varones se muestran más estables respecto a los estereotipos tanto para ellas como para ellos mismos. Solamente en cuanto a la 'imagen femenina' hay indicios de no estar totalmente de acuerdo, además de dividir opiniones sobre el 'comportamiento femenino' y la 'imagen masculina', los demás estándares son aceptables en su mayoría.

Pocas/os –más chicas que chicos– están en desacuerdo con algunos estereotipos y se trata de opiniones individuales puntuales, de modo que no se rechazan del todo. Aun así, la flexibilidad, especialmente en las mujeres, es valiosa. No se debe a que la escuela, la familia o cualquier institución favorezca el espacio de reflexión mencionado líneas arriba, por demás necesario para que los y las jóvenes desarrollen una identidad de género más libre de estereotipos. Si bien existe en el programa de Educación Cívica y Ética un objetivo

sobre equidad de género, es un tema que con frecuencia se trata de forma superficial y con poca preparación de parte de docentes, quienes tampoco han tenido oportunidad de cuestionar la heteronormatividad; por otra parte están las campañas en redes sociales con mensajes e imágenes elocuentes, pero de igual forma no garantizan la comprensión cabal del razonamiento que hay detrás. Esta falta de espacios donde se cuestione la normalidad y se expongan las desventajas de aceptar los estereotipos de género hacen pensar que si las resistencias o los cambios se dan, su calidad y medida depende por completo de las circunstancias que en lo cotidiano vive cada individuo.

Como ya se señaló antes, los estereotipos de género influyen en los conceptos cotidianos pero no los determinan. En la adolescencia se consolida la capacidad de conceptualizar la realidad y en este sentido, abordarlos en la escuela desde su experiencia, permitiría cuestionar las versiones estereotipadas que tienen las/os adolescentes sobre sí y otras personas; esto posibilita minimizar sus efectos dando lugar a una relación más democrática para ambos sexos. No obstante, también en esta etapa es cuando más necesidad de aprobación se tiene e importa demasiado la aceptación del grupo, lo cual influye en el proceso individual de conceptualización y puede convertirse en una fuerte motivación para el mantenimiento de estereotipos como zona de confort social.

La rigidez de los roles de género que muestran estas/os adolescentes, así como la asunción de la mayoría de estereotipos, son producto de un medio socio-cultural que las/os mantiene sin darse cuenta atrapadas/os en expectativas que tarde o temprano deberán cumplir. La gravedad es que el rol estereotipado frecuentemente guía las actividades en la adultez, las cuales pueden determinar las formas de pensar y actuar que se reproducirán de nueva cuenta a las generaciones posteriores.

Se necesitan acciones intencionadas que evidencien la existencia de estos estereotipos, que analicen y cuestionen su función, así como las implicaciones reales que tienen para la vida, propiciando una visión más justa que permita cambios graduales en el pensar y consecuentemente en el actuar.

Parece ser que la presión ejercida por el contexto cultural que permea a través de la familia, los pares, los medios masivos de comunicación, la escuela y otros aparatos institucionales, es lo suficientemente poderosa para desestimar la resignificación de los conceptos de género; sumado a que estas/os adolescentes han tenido poca o nula oportunidad para cuestionar y reflexionar al respecto, los estereotipos siguen conformando el contenido conceptual y por lo tanto dominando las formas de hacer y ser distintivas entre los sexos.

Referencias

- Bem, S. (1983). Gender Schema Theory and Its Implications for Child Development: Raising Gender-aschematic Children in a Gender-schematic Society. *Sign, Chicago Journals*, Vol.8 No.4 Summer, pp. 598-616.
- Butler, J. (2002). *Críticamente Subversiva, en Sexualidades Transgresoras: una antología de estudios Queer*. Rafael M. Mérida Jiménez (Ed). Icaria, Barcelona.
- Castells, M. (2000). Capítulo 4: El fin del patriarcado: movimientos sociales, familia y sexualidad en la era de la información, en *La era de la información. Volumen III: El poder de la identidad*. Siglo XXI Editores, México D.F. Pág. 159-269.
- Coll-Planas, G. y Missé, M. (2015). La identidad en disputa. Conflictos alrededor de la transexualidad. *Papers: Revista De Sociología*, 100(1), Barcelona, Pág. 35-52.
- Conell, R. (2003). *Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas, en Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Olavarría, J., editor. FLACSO-Chile, Santiago de Chile.

- Davies, B. (1994) *Sapos y culebras y cuentos feministas. Los niños de preescolar y el género*. Ediciones Cátedra, S.A., Madrid.
- Fontanela, M. (2008) *¿Qué es el patriarcado? Diccionario de estudios de género y feminismos*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- González, B. (1999). Los estereotipos como factor de socialización en el género, en *Comunicar* No.12, pp. 79-88 Universidad de Huelva.
- Herranz, P. y Sierra, P. (2005). *Psicología Evolutiva I. Vol.2 Desarrollo Social*. Editorial UNED, Madrid.
- Jayme, M. y Sau, V. (1996). *Psicología diferencial del sexo y el género. Fundamentos*. Icaria Editorial, España.
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Lomas, C., compilador. (2003) *¿Todos los hombres son iguales?* Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.
- Morales, E. (2007). *El poder en las relaciones de género*. Centro de Estudios Andaluces, Sevilla.
- Olavarría, J. (2001). *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. FLACSO-Chile, Santiago de Chile.
- Roca, M. (2005). *Uso y abuso de la estereotipia en los medios de comunicación*. Propuestas Universidad Complutense de Madrid, Noviembre, pp. 1-6.
- Seidler, V. (2008). *La violencia: ¿el juego del hombre?*, en *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*, Ramírez, J.C. y Uribe, G., coords. Plaza y Valdés, México, D.F.
- Simón, E. y Cremades, M.A. (2003). *Aprendizaje en las relaciones de género e intervención coeducativa, en Aprender a convivir en la escuela*, Santos Guerra, M.A., coord. Universidad Internacional de Andalucía, Ediciones Akal, Madrid.
- Villarreal, A. (2001). *Relaciones de poder en la sociedad patriarcal*, en *Actualidades, investigación en educación*, Revista electrónica, enero-junio, año/vol. 1, núm. 001, Universidad de Costa Rica, San José de Costa Rica.
- Vygotsky, L. S. (1993) *Pensamiento y Lenguaje, Obras escogidas*, tomo II. Visor, Madrid